

Recorrer los barrios para hacer cosas

Circo Volador

Héctor Castillo Berthier

CUANDO CIRCO VOLADOR SURGIÓ sus objetivos eran: pacificar a chavos banda, frenar sus detenciones ilegales, encontrar los ejes de la violencia y realizar actividades que evitaran actos vandálicos en sus zonas habitacionales. Hoy los objetivos son los mismos.

Éste es un proyecto autogestivo que surgió en 1987 —¡cumplimos ya 28 años!— a partir de una investigación social en el ámbito universitario. Yo soy su fundador y director, y no conozco otro proyecto con un origen y un recorrido similar al nuestro: desde lo académico hasta la autogestión. Es fácil instituir fundaciones, agrupaciones que viven del presupuesto público, que tienen patronatos. Nosotros, en cambio, somos autosuficientes, tenemos la capacidad para hacer cosas y generamos recursos que terminan reinvirtiéndose en los proyectos.

En 1997 el jefe de gobierno de la Ciudad de México, Cuauhtémoc Cárdenas, me dijo: “Vamos a transformar a Circo Volador en una política pública”, y le respondí: “Sabe qué, ingeniero, lo va a matar. Si esto lo convierte en política pública lo va a matar. Apenas estamos arrancando en los procesos, todavía nos falta mucho”. Pero él insistió en que diseñáramos algo. Entonces con Alejandro Aura y su gente de Cultura nos sentamos a diseñar los Faros, las Fábricas de Artes y Oficios, muy parecidos a lo que nosotros hacemos,

pero sostenidos por el Estado. Son gratuitos, a veces tienen dinero y a veces no, a veces les va bien y a veces les va mal, como a todos. Los Faros son como un proyecto paralelo a Circo Volador, aunque sin su independencia. No conozco en el país otra propuesta que implique, como en nuestro caso, una política dirigida a jóvenes y a frenar la violencia, que mantenga su independencia y la investigación aplicada que tenemos.

Nuestra organización está conformada por unas treinta o cuarenta personas permanentes en diferentes áreas y en los eventos llegamos a contratar hasta 180 personas. En los últimos años trabajamos con unos 90 investigadores en diferentes áreas. Es una suma muy variable: a veces son cien, a veces son diez, dos o veinte. No tienen un contrato permanente. De fijo sólo contamos con treinta o cuarenta personas que atienden la estructura.

En cuanto a su alcance, Circo Volador tiene presencia en unos veinte estados de la República. Terminamos un trabajo sobre La Merced, ahora que se quemó el mercado, en los Colegios de Ciencias y Humanidades, en las secundarias. Otra parte importante de Circo Volador es su foro, donde se ofrecen talleres, conciertos, eventos, etcétera. Estos dos espacios conforman el proyecto, no se entienden uno sin el otro.

Las actividades y eventos que organizamos no son siempre gratuitos ni siempre pagas: no se trata de lucrar, ni tampoco de dar todo gratis. A veces organizamos eventos en los que traemos grupos internacionales y cobramos; en otras ocasiones nuestra oferta es completamente gratuita. Al principio los talleres eran libres, pero dejamos de hacerlo así. No es mucho lo que se cobra, unos cien pesos mensuales, para garantizar la asistencia, pues si la gente deja de venir, es un desperdicio. De cualquier forma si alguien no tiene dinero, no se le cobra; y si tiene la mitad, se le cobra la mitad.

La iniciativa de Circo Volador también incluye una estación de radio, una estación de televisión, un estudio de grabación. Todo eso se sigue usando y continuamos generando nuevas propuestas. En lo que hemos trabajado más es en el desarrollo de nuestro método: buscamos mecanismos para transmitir el conocimiento a las nuevas formas de agrupación juvenil que surgen. Nos planteamos que por medio de las nuevas tecnologías ellos formen redes, y que ellos mismos puedan utilizar, disfrutar y compartir sus diferentes conocimientos. La idea es buscar un mecanismo autosustentable para generar proyectos locales. A la vez, consolidamos nuestro modelo de

investigación social aplicada para que diversos grupos sociales puedan enfrentar las problemáticas que tienen.

Uno de los proyectos en los que estamos trabajando actualmente es el modelo de intervención social “Juventud y violencia: ¿qué hacemos con ellas?”, para capacitar organizaciones de la sociedad civil, funcionarios públicos, policías, colectivos de chavos, de manera que dentro de las zonas donde haya violencia ellos puedan entender cuáles son las problemáticas que se presentan y puedan incidir. Hay muchísimas cosas por hacer.

Como sociólogo me dedico a investigar temas que inciden directamente en los grupos sociales con los que trabajo, básicamente son: la basura, los mercados mayoristas de alimentos, y los jóvenes y la violencia. De esos tres, el único que yo mismo seleccioné como tema es el de la basura, hace 38 años. Entonces no estaba de moda la ecología, el medio ambiente no estaba en la mira de la administración pública y nadie hablaba del problema de la basura porque a nadie le importaba. En ese momento mi pregunta de investigación fue saber cuántos “don Pablitos” había en la Ciudad de México (digo don Pablitos porque don Pablito era la persona que iba a la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM a recoger basura y separarla para llevarla a los *pesaderos* de compra-venta de materiales industriales). Mi maestro me dijo: “No es un tema de investigación, así que tienes que partir desde cero”. Entonces me metí a trabajar como barrendero en las calles. Estuve en dos delegaciones, después me metí como machetero de camión, a recoger la basura, luego me hice amigo de una familia de pepenadores y me fui a vivir como pepenador al tiradero de basura. Cuando salí de ahí descubrí que aquello todavía no era sociología. Tenía estudios de campo y las historias de vida de estas personas; siete historias podían narrar todo lo que sucedía, pero faltaban los datos duros, las encuestas, la precisión de los volúmenes, tipos de producto, precios, empresas, compradores, sindicatos, leyes, historia, economía... En eso invertí otro año y medio más. Me dijeron: “Ya casi es sociología, pero todavía no lo es, falta la parte teórica”. Entonces descubrí que aquello que no sirve, la basura, adquiere un nuevo valor después del trabajo de miles de personas. Entonces basura + fuerza de trabajo = mercancía. Con eso hice el estudio.

En primer lugar conseguí un empleo como investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. En el examen me preguntaron: “Te

pasaste tres años en el mundo de la basura, ¿qué encontraste?” Les respondí: “El fondo de la basura es una fotografía perfecta del sistema político”. Encontré la informalidad, el clientelismo, el corporativismo, el cacicazgo, los diputados, la corrupción... Dentro de la basura encontré un país.

Después de esta experiencia me volví un investigador que hacía estudios de casos urbanos y abrimos el área de estudios urbanos. El segundo trabajo que hice fue sobre La Merced, porque la iban a cerrar para abrir la Central de Abastos; me dieron el trabajo porque había nacido ahí. Entonces regresé a mi barrio y me volví vendedor ambulante, abarrotero, estibador, me pasé seis años estudiando el abasto y la migración de los viejos vicios y tradiciones, que fue lo que finalmente pasó. A partir de esa investigación publiqué los libros *La Merced: enigma alimentario* y *Estructura de poder de los comerciantes mayoristas de abarrotes en la Ciudad de México*.

En ésas estaba cuando en 1987 el gobierno de la Ciudad de México llegó a la UNAM porque necesitaban una investigación que analizara la violencia de los “chavos banda” —como se les llamaba entonces— que se estaban matando entre sí. El gobierno mandaba policías y también los mataban, querían saber qué sucedía. Era el final del régimen de Miguel de la Madrid, Ramón Aguirre estaba en la regencia; había pasado el sismo en 1985, y no habían llevado a cabo ningún trabajo específico con jóvenes. Decidieron comisionar un estudio a la universidad, para que quedara una muestra de que se habían interesado por la violencia de los chavos banda. Entonces me habló el director: “Ya fuiste barrendero, machetero, pepenador y vendedor ambulante, ¿no te quieres volver banda?” Y dije: “Va, me vuelvo banda”.

Arranqué un proyecto de investigación alrededor de 1987. Entregamos un reporte con todas las bandas, pandillas, todas las cosas que se decían sobre los jóvenes, como: “la escuela no funciona”, “la familia se ha desintegrado”, “el empleo no es suficiente”, “la cultura ha cambiado”, “no hay un respeto a la autoridad”, todo lo imaginable. Y un mapa que ubicaba a 1500 pandillas en el Distrito Federal y alrededor de 2300 en el Estado de México. Cuando cambió el gobierno, y entró Manuel Camacho a la regencia, la secretaria de Desarrollo Social, Alejandra Moreno Toscano, me preguntó:

—¿Tú hiciste este mapa y esta investigación?

—Sí —le respondí.

—¿Y cuántos son

—¿Pues cuántos policías tienes?

Me dio una cifra, calculé y le dije: —Pues tocan como 450 chavos por policía, más o menos. Son alrededor de dos millones y medio de jóvenes pobres en toda la zona metropolitana.

—¿Y qué vamos a hacer? —me preguntó.

—Pues no sé.

—Inventa algo.

—Pero soy sociólogo, no soy mago...

En esa invención empezamos a desarrollar el modelo de investigación social que aún aplica Circo Volador. Desde entonces arrancamos con la realización de una serie de actividades sin que supiéramos exactamente qué íbamos a obtener al final. Echamos a andar una dinámica de participación que ha tenido momentos determinantes. Por ejemplo, en 2004 la Organización de las Naciones Unidas nos dio un premio por las mejores prácticas sociales; decían que éramos un proyecto replicable, y me enviaron a dar conferencias a muchos países. En esas conferencias descubrí que el proyecto de Circo Volador no es replicable, sino re-aplicable. Esto significa que cada vez tienes que partir de otra realidad, otras herramientas, otras características, otra cultura, otro idioma. Entonces empezamos a buscar modelos de reaplicabilidad que hemos venido desarrollando en muchos lugares. Estuvimos en muchas colonias de la Ciudad de México y de Monterrey, nos fuimos a El Salvador, estuvimos dos años en Brasil trabajando en un programa del Ministerio de Justicia sobre lo mismo: jóvenes y violencia, qué hacemos con ellos.

Desde 2012 trabajamos con programas de prevención, algunos hechos por ONU-Hábitat, y luego con la Secretaría de Gobernación. Son esos programas de prevención que pueden ser interesantes, pero el objetivo final de las políticas públicas siempre cojea: les falta perspectiva y continuidad, siempre les falta terminar en algo positivo, generar educación y sobre todo empleo.

En México hay una cultura oficial que sigue desfasada y arropada en sus esquemas de funcionalidad, léase sus becas, sus festivales y todas las cosas que tienen establecidas, que es como creen y deciden repartir parte del presupuesto mínimo que tienen. Pongo como ejemplo el Festival Cervantino de Guanajuato; si vas a dos o tres festivales puedes ver lo que pasa: polos de atracción gigantesca de lo que quieras, entre ellos de multitudes juveniles. Pero no ha habido un proceso de seguimiento dentro del Cervan-

tino, y me refiero a los jóvenes de Guanajuato. Imaginemos que hubieran tenido una planificación construida para ellos, basada en la integración comunitaria y en la investigación social aplicada: a estas alturas es mucho lo que podrían haber desarrollado en tantos años. Tan sólo con un poco de atención se pueden generar dinámicas de convivencia, construir a partir del conocimiento local con objetivos definidos. Entonces el Festival Cervantino sí sería el *show*, sí sería lo que se va a exponer después del trabajo realizado, pero sería también un proceso de modelo de intervención con la gente que vive ahí. Eso para mí es cultura, y es ese tipo de cultura el que no veo, una conducción cultural oficial. Parece que no les da la cabeza.

En la cultura de la Ciudad de México, desde que llegó el PRD hubo cambios, la ciudad se volvió más participativa, los espacios empezaron a ser de todos; si buscas por ejemplo una estación de radio libre, autónoma, tienes el Instituto Mexicano de la Radio, que es un buen registro, sin embargo ahora lo volvieron a cargar de información administrativa, burocrática, inútil, que para mí no es cultura y para ellos es un mecanismo de difusión del Estado.

Entre los momentos memorables que he vivido en Circo Volador, recuerdo uno que ocurrió cuando comenzamos a desarrollar nuestro primer proyecto radiofónico, iniciado con una estación de radio del IMER, que en ese tiempo se llamaba Estéreo Joven. Entonces dije: “Vamos a sacar toda la música que tienen y en su lugar vamos a transmitir la música de estos chavos, porque no la están transmitiendo en ningún lado. Vamos a hacerlos que se conecten a la radio y por medio de la radio vamos a empezar a actuar”. Fue un proyecto bellissimo, lo hicimos durante cuatro años y medio, y funcionó. Habíamos conquistado un espacio para la gente, para los chavos y en el programa que teníamos los sábados en la noche no pasábamos el Himno Nacional. Funcionaba de maravilla. Teníamos un programa que se llamaba “Sólo para bandas” —que hicimos del ‘88 al ‘92 y que se transmitía de las diez de la noche hasta la una o dos de la mañana; lo transmitíamos los sábados en la noche porque era cuando ocurrían las detenciones ilegales, las *razias*, los *apañones*. En el programa dábamos a conocer esas *razias* y *apañones* para frenar la violencia, era parte de nuestro trabajo. Entonces, en una de sus primeras emisiones llevamos a un grupo de chavos que eran Los Mierdas Punk de Neza.

—Muy buenas noches —dije al aire—, hoy tenemos a unos invitados que están de lujo. Están con nosotros Los Mierdas Punk de Neza; están Juanito Mierda, Pablito Mierda y Chuchito Mierda. Mi querido Juanito Mierda, platicanos por qué decidieron ponerse Los Mierdas Punk de Neza.

—Espérame tantito —me dice—, ¿este micrófono está abierto?

—Sí —le respondí.

—¿Me está oyendo mucha gente?

—Sí, miles de personas te están escuchando.

—¿Y puedo decir lo que sea?

—Por supuesto, este gobierno se caracteriza por la libertad de expresión.

—Pues, ¡que chingue a su madre el presidente!

En treinta segundos teníamos una llamada de la Secretaría de Gobernación para ver quién era el imbécil que le dio el micrófono a estos descerebrados. Así, los sábados yo transmitía y los lunes en la mañana iba a la Secretaría de Gobernación a pedir perdón y explicar que era un modelo de investigación social aplicada y que lo que generábamos eran dos conceptos básicos: confianza y respeto; que una mentadita al presidente no iba a cambiar nada y nos permitía seguir trabajando con un montón de chavos.

Otro momento memorable fue cuando encontramos el nombre para Circo Volador. Al comenzar a andar con las bandas encontramos que se llamaban Los Mugrosos, Los Picudos, Los Nazis, Los Mierdas; en el primer programa de radio que tuvimos, a los chavos que trabajaban conmigo les dije: “Pues ya somos una banda. Necesitamos un nombre, pero que no sea tan autodevaluatorio”. Entonces les empecé a preguntar qué se les ocurría. Estaban el Piojo, el Pulga, el Pato, el Perico, el Perro; a mí me decían el Pavo.

—Es como un zoológico —me dijeron.

—No, pues en un zoológico están presos —les respondí.

—Bueno, más bien es como un circo.

—Puede ser —les dije. —Es como un circo volador porque andamos en una combi de un barrio a otro.

Entonces quedó Circo Volador, porque éramos un *bonche* de animales en una combi recorriendo los barrios para hacer cosas.